

# OFENSA AL FRÍO



Toni Sánchez Bernal

Toni Sánchez Bernal



Ofensa al frío

 Planeta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Toni Sánchez Bernal, 2024

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: febrero de 2024

Depósito legal: B. 987-2024

ISBN: 978-84-08-28352-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España



## MIGUEL

---

Apenas es medianoche y no piensa más que en matarse.

El cómo hacerlo es lo que le corroe la vida. Siente un tumulto de hormigas moviéndose bajo su piel y toda la botella de ron que se ha pimplado no ha servido para detenerlas. ¿Será estrechando una cuerda en su cuello, rajándose las venas en la bañera o se encerrará en el coche, tatará el tubo de escape y a dormir? Piensa entonces en tirarse por la ventana; le parece, *a priori*, la manera más sencilla de acabar con su vida. Solo necesitaría un instante de valentía para dar el paso hacia delante y ya estaría, adiós. Pero no. Al encontrarse en casa, lo más alto a lo que puede aspirar a tirarse es desde el segundo piso, y romperse una pierna para nada es absurdo.

Entonces, ¿cómo? ¿Cómo? Ponte a buscar tú ahora un puente cercano en esta zona. Y coger el coche para ir a un sitio donde suicidarse le aporta cierto aroma cutre a la cosa. ¿Qué puede hacer? Por otra parte, la opción de salir de casa y tumbarse en las vías férreas le parece de mal gusto. No consigues más que putear a la gente decente y trabajadora que va en el tren y que se ve afectada por un retraso más que considerable.

Eso él lo sabe muy bien.

Recuerda una ocasión, hará diez u once años. Alba y él vivían por aquel entonces en un cuchitril en El Pozo y se dirigían a ver un musical que se representaba en la Gran Vía madrileña. *Los Miserables*, cree recordar. El caso es que tenían el

plan organizado desde hacía semanas: después de comer irían al centro, harían compras, merendarían porras con chocolate y a continuación se dirigirían al teatro en Gran Vía. Ya después del musical, dependiendo de la hora a la que terminara la función, verían si les daría tiempo o no de tomar un *gin-tonic* antes de volver a casa. ¿Pero pudieron disfrutar de dicho plan?

En absoluto.

Sí que fueron al tren sobre las tres y media de la tarde, pero a medio camino se vieron parados. «¿Qué pasa?, ¿por qué llevamos tanto tiempo detenidos?», se escuchaba entre los pasajeros. La respuesta la obtuvieron gracias a las noticias en los móviles: un suicida. Los trabajadores del tren de cercanías se limitaron a pedir paciencia y se excusaron con estar esperando la llegada del juez. Los alaridos de los pasajeros tomaron el protagonismo: viajes, reuniones, compromisos inapelables... Pero nada que hacer. Por desgracia, el tren debía permanecer detenido hasta que se firmase la orden de levantamiento del cadáver. El problema es que su señoría debía estar de guardia vete a saber dónde y tardó más de tres horas en aparecer. Así que nada, llegaron justos de tiempo a Atocha y les tocó correr hasta la Gran Vía.

—¿Lo ves? —comentó Alba—. Ya te dije que deberíamos haber venido por la mañana y comer al mediodía aquí en Madrid, y no en casa. Pero como solo piensas en ahorrar y ahorrar...

Recuerda la cara exacta que puso Alba, cómo apartó la mirada llena de indignación. Estaba guapa. Miguel diría que llevaba ese vestido azul que le quedaba tan bien. Pero quién sabe, pues él nunca ha sido bueno para recordar ese tipo de cosas; quizá llevaba el vestido morado.

Se acerca a la ventana y contempla la noche de mierda que está haciendo. Solitaria (para algunos) y angustiosa. Mira el atizador de la chimenea, en especial su punta afilada, pero no le atrae la idea de clavársela. Entonces observa la botella de

ron que yace sobre la mesita de centro, vacía y sin propósito, que agoniza con una última gota que resbala de la boca. Se pasa la mano por los labios con sed, pero decide no seguir por la senda del alcohol y observa de nuevo la oscuridad que se atisba en el exterior. Es fácil decir que el viento arrastra un sollozo que intenta colarse por las rendijas de la ventana. Se le pone la piel de gallina y se cruza de brazos.

Observa el termómetro de mercurio rojo que hay colgado al lado de la puerta y que lleva toda la noche marcando la misma temperatura: seis grados.

Durante varios segundos, se queda mirando fijamente el mercurio rojo. Necesita cerciorarse para poder continuar con su plan. Pero no, el termómetro no baja de los seis grados. Mejor, mucho más fácil así.

Entonces qué, Miguel, ¿cómo va a ser?, se pregunta a sí mismo. Se sacude la pena y trata de combatir su malestar con la entereza que siente hacia su decisión.

Sí, se va a matar esta misma noche.

Solo ha de decidir cómo.

Podría ir al garaje, sumergirse entre las mil cajas apiladas en la pared del fondo y ver si encuentra alguna cuerda lo suficientemente fuerte como para soportar su peso. Pero le ataca la imagen que tantas veces ha visto en películas: cómo el ahorcado busca con desespero una bocanada de aire y mueve las piernas con espasmos. Y eso no lo quiere para su último instante en esta vida. Y lo de rajarse las venas en diagonal, ¿dolerá mucho?

Se siente imbécil. Le falta carácter incluso para suicidarse.

Mientras, las hormigas siguen hurgando bajo su piel. Sienten cómo se pasean entre las fibras de sus músculos y en cualquier momento le empezarán a mordisquear los pulmones. De hecho, lo empieza a notar. El aire le falta y se ha de convenecer de que son los nervios. El ansia por morir cuanto antes.

Sí, abrirse las venas será lo más fácil.

Con esta idea en la cabeza sube al cuarto de baño de arriba. Pone el tapón en el desagüe del lavamanos y abre el grifo. Deja la mano izquierda en reposo total bajo el chorro del agua y con la mano derecha coge unas tijeras.

Muchos pensarán que estoy loco, piensa Miguel, pero ¿cómo no estarlo con esta vida que llevamos Alba y yo desde hace tres años?

A través del espejo, ve el termómetro que hay en una esquina del baño, también de mercurio rojo, y comprueba que está en los seis grados que reinan en la casa esta noche.

¿Dónde está?, se pregunta.

A decir verdad, no desea que venga. Prefiere que sea un acto de intimidad y amor propio.

Abre las tijeras hasta dejar las hojas horizontales y las coge con el puño entero. Observa las venas de la muñeca izquierda: tan tranquilas ahí, reposando sobre el lavamanos mientras el agua las va sumergiendo cada vez más.

Se mira en el espejo y siente repulsión ante lo que ve. No aprecia más que a un memo de ojos frondosos, con los cuarenta apenas estrenados y que no es más que un fantasma.

Teme compadecerse de sí mismo y replantearse su decisión si continúa observándose, así que baja la mirada y se centra en lo importante: las tijeras y sus venas, sus venas y las tijeras... El agua pronto le sumergirá el antebrazo, y entonces calcula que será un buen momento. Siente casi excitación al imaginarse el detonador dentro del agua, cómo explotará la sangre por todo el lavamanos.

Pero una imagen de Alba se cruza por su cabeza y la emoción se transforma en angustia. Después de todo lo que han vivido estos últimos años, ¿puede asegurar que esta sea realmente una salida a su situación? Igual no consigue escapar de la mierda, sino simplemente cambiar de perspectiva. Y eso a él no le vale. Miguel lo que quiere es respirar al fin.

Nota los pies húmedos y se da cuenta de que el agua se

derrama del lavamanos y empieza a encharcar el suelo. Cierra el grifo y confirma lo tonto que está siendo. Grita de rabia al tirar las tijeras al suelo.

Abre la puerta del baño y observa el pasillo. Primero a la izquierda, después a la derecha, pero nada, ni rastro de ella. No siente frío, pero, aun así, observa el termómetro de la pared y se extraña al ver que, al igual que los dos anteriores, también este mercurio rojo marca seis grados. El no saber dónde está es lo que le satura el cerebro en este momento y se descubre a sí mismo empapado en sudor.

Decide no pensar.

Llega a la habitación de matrimonio. Esta habitación en la que hace tres años que no duerme. Encuentra una bolsa de deporte y mete algo de ropa. Lo primero que alcanza. Lo único que quiere es irse cuanto antes y con un par de mudas bastará. Cualquier cosa que necesite puede comprarla más adelante o quizá su hermano le pueda prestar algo.

Con el agobio de ir a contrarreloj, cierra la bolsa y sale escopeteado hacia el pasillo.

Se detiene súbitamente.

Piensa en llevarse algo de la casa, y solo hay una cosa que sí quiere conservar para siempre. Se gira hacia la puerta cerrada de la derecha. Coloca la mano en el pomo y, con todo el pesar del mundo, lo gira.

Entra en una habitación que lleva tres años sin nadie que la ocupe.

Quiere recordar este cuarto por el resto de sus días. Esta cama con un edredón de Pixar que apenas tuvo tiempo de ser utilizado, la cenefa de elefantes que juegan con una pelota de playa o ese móvil musical del sistema solar que cuelga del techo y que tanto les costó escoger. Sobre la estantería, *El Principito*, claro que sí. Aunque también un recopilatorio de cuentos infantiles, desde leones marinos parlantes hasta un cazador que se hace amigo del tigre al que va a disparar.

Detiene su divagar en el termómetro de la pared, pero tampoco ella está aquí; el mercurio marca seis grados.

No se atreve ni a encender el interruptor, con la poca luz de la luna que entra por la ventana le basta. Total, sabe dónde está lo que busca. Sobre la cómoda del fondo. Es ahí donde encuentra la fotografía.

Es imposible que la felicidad que irradian en la instantánea sea fingida. No, aquello era real. O así es como recuerda ese día en el parque del Retiro.

—Eh, familia, girad —les dijo su padre.

Y ellos se giraron con ingenuidad para encontrarse con una cámara. Lucía estaba en brazos de Alba y él las rodeaba a ambas.

—Qué bien habéis quedado, *jodíos*, si es que no podéis ser más bonicos.

—Papá... —se quejó Miguel.

—No me digas que no, mirad. —Su padre, que moriría cinco meses después de cáncer de páncreas, giró la cámara y les mostró la imagen: sí, era verdad, salían realmente bien.

El fotógrafo *amateur* se fue con una sonrisa a seguir con su paseo alrededor del estanque y ellos se quedaron allí. Recuerda la luz emitida por Alba, cómo lo besó primero a él en los labios y después a la pequeña en la cabeza, a quien rodeó todavía más fuerte en señal de estima y protección.

Ahora se guarda la fotografía en la bolsa de deporte, echa un último vistazo a la habitación y sale al pasillo, no sin antes cerrar la puerta de esta cápsula del tiempo.

Baja las escaleras apresurado y está de nuevo en la sala de estar. Realiza una panorámica sobre sus pies en busca de su portátil, que es lo único que necesita para su trabajo. Lo coloca en la bolsa, aplastando camisetas y pantalones, pero ¿y el cargador? Se rasca la cabeza al intentar recordar. Diría que lo había dejado al lado del portátil, pero no puede ser: ahí no está. Mira el enchufe y tampoco. ¿Quizá en el cajón del mue-

ble? No. ¿Bajo la mesita de la sala? Nada. ¿Y si se ha caído bajo el sofá? Tampoco. Ni rastro del cargador.

Con las esperanzas puestas en la última búsqueda, acude al revistero que hay en la esquina, pero tampoco. Y es entonces cuando lo siente.

Frío, mucho frío.

Se queda sin habla al ver que el mercurio desciende lentamente.

Mira la bolsa de deporte y repara en que está a la vista, ahí, en medio de la estancia, donde fácilmente la puede ver cualquiera. Cualquiera no, ella. Ella es la que no tenía que verla. Mierda, ¿cómo ha podido ser tan descuidado? Se gira de nuevo hacia el mercurio y ve que se ha detenido en los cero grados centígrados.

La sentencia cae sobre sus hombros.

Ha de reaccionar.

Balbucea al intentar vocalizar una disculpa. Pero antes de que las palabras tomen forma, las engulle de nuevo y se queda en silencio. Observa detenidamente su alrededor, pero no ve señal alguna. Sabe que nunca ha sabido mentir y que no puede seguir ocultando su decisión.

Coge la bolsa y calcula la distancia. Solo ha de cruzar la sala y estará en el recibidor, frente a la puerta.

Necesita un segundo de valentía.

Un segundo, nada más.

Agarra con firmeza la bolsa y pisa firme en su camino.

Un libro sale disparado de la estantería, y eso es lo primero que le hace titubear. No es un ataque, ni siquiera es una advertencia, es más bien un ruego. Un ruego de que se replantee su decisión, que no avance. No lo hagas, por favor, diría Miguel que escucha en su oreja izquierda. Pero él sigue caminando. Aprecia un cuadro que se libera de su alcajate y se mueve hasta colocarse en medio de su camino. Miguel calcula sus opciones, pero tampoco puede pensar mucho: el cuadro avanza hacia él,

pero no para impactarle, sino para evitar que siga moviéndose hacia la puerta. El problema es que Miguel nunca fue conocido por su habilidad física, más bien por su torpeza. Al esquivar el cuadro pega un traspie y cae contra el mueble de al lado, dándose un golpe en la cabeza.

Miguel se lleva una mano a la frente. Le escuece y, efectivamente, al mirarse los dedos ve sangre en ellos. Pero no tiene tiempo. Este burdo intento de retenerlo no hace más que reafirmar su necesidad de salir de esta locura en la que se halla anclado. Da un paso y otro más. Cualquier objeto de la sala de estar es un posible proyectil. Se mantiene atento y mala cosa si se confía. Aunque a la vez se siente culpable, pues sabe que sus sospechas son infundadas, ¿por qué iba a recibir un ataque violento?

Cuando se cree cerca de su objetivo, el mueble que hay al lado se desplaza un metro hasta cruzarse en su camino. Él no lo esquiva, sino que da un salto y lo pasa por encima: ya está. Pisa el recibidor y se encuentra frente a la salida.

Coloca la mano en la manilla y el simple gesto de abrir la puerta se le hace imposible. La manilla no termina de ceder y la puerta no se abre un ápice. Coloca sus dos manos y se impulsa con todo su peso, pero nada, la puerta no se abre. Baja, por Dios, baja; pero no hay forma. Todo su peso no sirve para hacer que la manilla baje del todo.

Es tal su ímpetu que la rompe hasta caer al suelo. Lanza la manilla bien lejos y, ahora sí, se ve libre al fin.

Pero.

Aquí está Alba. Con todo el ajetreo no ha escuchado su coche acercándose. Tampoco el chirrido de la puerta de la finca al abrirse y cerrarse. Esto hace que Miguel se sienta aún peor, mucho más tonto, más absurdo, más todo.

—¿Qué haces? —pregunta ella.

Viste esa chaqueta negra que le regaló cuando aún celebraban los cumpleaños. No le ve el jersey que lleva debajo, pero

seguro que lo ha combinado con ese amarillo de cuello vuelto que le queda tan bien. Lo que sí le ve son las piernas estilizadas gracias a las medias que asoman entre la falda y las botas.

Miguel la mira. Sabe que Alba espera una respuesta sensata por su parte, pero no la va a encontrar, pues se queda mudo. Clavado como un gilipollas en medio del recibidor, con una bolsa de deporte en la mano y una herida abierta en la frente.

Alba ve la bolsa, pero no dice nada.

Miguel solo puede bajar la mirada, encogerse de hombros y recuperar el aliento. Así que Alba lo da por imposible. En fin..., menea la cabeza y sube las escaleras llevándose el *frío* con ella.

Él se queda aquí. Solo. Desamparado. Escucha cómo se alejan los pasos de Alba y, al mirar al frente, ve la libertad prometida del exterior. No lo piensa mucho, pese a conocer su destino. Sale al invierno de la noche y contempla el horizonte que ofrece la sierra madrileña y que ahora mismo no es más que una silueta fantasmal. Qué fácil sería simplemente echar a andar y perderme por la maleza, piensa Miguel. Se gira y estudia esta casa vieja, alejada de toda vida, de dos plantas y tejado triangular, a la que un día llamó hogar y que ahora bien podría ser una cárcel.

Y sabe que no, que eso es injusto. En una cárcel te obligan a estar. Sin embargo, él escogió quedarse aquí por amor a su familia. O a las cenizas de lo que un día fue su familia, mejor dicho.

Cabizbajo y con las manos en los bolsillos regresa al interior de la casa.